

## El páramo de huesos. Enrique Ramponi.

(Fragmento)

Alto sitial de angustia.

Devoro pan impío, piedra de soledad incorruptible

Escarnio son las alas

si es libertad batirlas bajo la ubicua trama de una alevosa red,

que nadie, astuto, burla, y al cabo nos apresa;

al filo de algún ojo de implacable perfidia

que el corazón percibe como el feroz acecho de un verdugo infinito.

Sufro en mi acantilado

soportando la injuria de una hiel incisiva que me cala hasta el núcleo,

de una sal rencorosa

que al sazonar mi tierra leuda mis elementos para un cárdeno rito.

Desertar no pudiera

bajo el código astuto del tirano que me inscribe en su pavorosa geometría,

no tan rígida aún

que el viento del terror no erice el polvo en el cuadrante vivo del esclavo,

la víctima, el hereje.

Rodeado por las algas

fanáticas de un numen que incienza mi condena con bálsamos atroces,

muerdo la voz, como una gran navaja de hielo y desventura,

con el arrojo infausto del héroe abandonado en el desastre.

Peor que solo en la noche fronteriza del caos.

Asistido en el trance por alguien que es yo mismo del revés, en mi ausencia;

arrastrado a una cita quizá con el fantasma que habita mi reverso,

sin oír los sollozos de aquel íntimo arcano forzado a ser mi guía,

forzado a custodiar mi lámpara de sangre,

arriesgo el alma al filo de algún nefasto arrullo

entre el coloquio estéril de la lengua y el eco.

Alguien llama en el quicio pero se desvanece.

Sin duda

no merezco aun la mano cuyo fervor perverso fundiría el cordaje.

Debo cegar primero es ternura en flor, viciosa por tardía,

que hace temblar mi polen desnudo al filo de la zarpa.

-- No, no hace el escudo al héroe

sino el íntimo temple del denuedo.

-- Quien persiga la gema final de su inocencia

persevere y acendre su quilate en el martirio.

Acaso deba absorber de pie mi propia muerte,  
hasta exaltar mi sino sobre la oscura ley fanática del mártir,  
para dar a mi vida un alto destino de campana.

Me abismo en la consigna. Debo alcanzar el don aciago.  
Lo quiere el corazón, probado en las más crueles latitudes del hombre,  
penitente en los climas extremos del peligro, del éxtasis y el caos.

Desde el abrupto amor  
con garras y delicias de un arduo paraíso contiguo a la locura,  
hasta la soledad quemante del hereje sembrada de agonías;  
desde el pavor del dédalo sin dios, cavado a dientes y uñas contra el mundo,  
hasta la cumbre altiva de una alegría astral, lindera al sacrilegio.